

A propósito del 

LOS ECOS DE LAS CLAVES DE "ARABELLA"

Desde las lejanas eras de la sabiduría griega -la que cimentó la cultura occidental-, partió la filosofía, desbrozó el camino a la teología y nos enseñó a descubrir, apreciar e interiorizar lo bello, exprimiéndole sus mejores jugos-, los viejos pensadores se ocuparon del teatro. Algunos escribieron obras de teatro y otros, los analistas, nos señalaron las virtualidades del mismo, que no se agotan en el disfrute transitorio (pasar un buen rato), sino que nos conducen, por la catarsis, al aprendizaje (función social y pedagógica del teatro). Siempre hubo buenas y malas obras de teatro; son las buenas y bien puestas las que cumplen, o sea, las que llenan el cometido propio del mundo teatral. Suelen ser las buenas las que perduran, aunque esto no siempre ocurre: algunas se pierden por vericuetos ajenos a su calidad y otras, realmente mal elaboradas, navegan con buena suerte. No siempre la sensibilidad humana está bien dispuesta para acoger lo que es propicio y para rechazar los virus pestilentes, infectadores del ser.

Nunca olvidaré que tanto en mis estudios de bachillerato, como -posteriormente- en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, en mis tiempos de seminario en Cuba y en mis años universitarios en Europa, los buenos profesores subrayaban la importancia de Sófocles y, muy concretamente, de su obra *Antígona*, en el desarrollo del pensamiento occidental acerca del derecho natural. Ejemplos mil podría citar relacionados con los escritores teatrales españoles de la época de oro de nuestra lengua, con William Shakespeare y con tantos otros autores cuyas obras han sido vehículo de ideas y de actitudes. Ya en nuestra contemporaneidad, ¿cómo explicar la «popularidad» del existencialismo francés en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial si dicha corriente filosófica no hubiera sido difundida por medio de obras teatrales como *A puertas cerradas*, *Muertos sin sepultura*, etc.? Casi siempre resulta más fácil «ver» una obra de teatro, que leer un ensayo o una novela de contenido denso.

Se habla menos de la influencia de la ópera, que es una forma de teatro, en este mismo terreno. Pero el hecho de que se hable menos (sobre todo en un medio cultural como el nuestro contemporáneo) no significa que su peso específico haya sido menor. Verifique, el que lo dude, lo que significaron las óperas de Giuseppe Verdi en el movimiento unificador italiano en el siglo XIX (Risorgimento); lo que compositores italianos anteriores a él y él mismo contribuyeron a la difusión del romanticismo de color latino en todo el mundo occidental, así como Richard Wagner con relación al romanticismo alemán y al «misticismo» pan-germánico, en el que se reúnen (en diversa medida según la ópera en cuestión) las antiguas tradiciones germanas, el cristianismo, la filosofía de Friedrich Nietzsche y los cánones epocales de los que también él fue deudor.

Manteniéndome en el terreno de la ópera, quienes me conocen saben de mi predilección por Richard Strauss, a quien considero el compositor de ópera más interesante y completo del siglo XX. Mi aprecio llega a la cima en el caso de las óperas en las que Strauss puso música a textos de Hugo von Hofmannsthal, colaboración de una calidad poco frecuente. Con el estilo amable propio de estos dos autores, dieron vida a personajes y crearon situaciones que nos ilustran admirablemente acerca de diversas facetas de la existencia. Uno de los frutos de esa colaboración fecunda es la ópera *Arabella*, estrenada en Dresde el 1° de julio de 1933, o sea, tres años antes de mi nacimiento. Aunque no se ha puesto nunca en Cuba, es muy apreciada en los grandes escenarios y de ella existen algunas espléndidas grabaciones. Yo la «conozco» -en el sentido más fuerte del término- desde 1962 (aunque la había escuchado con anterioridad) y, si bien estoy dispuesto a aceptar que, objetivamente, otras obras de Strauss y de Von Hofmannsthal pueden ser más atractivas o acercarse más a la perfección musical y dramática, confieso que, por razones personales que nunca he develado, *Arabella* ejerce una fascinación muy especial sobre mí.

La acción tiene lugar en Viena, hacia fines del siglo XIX, o sea, en el ocaso prolongado del Imperio y en las vísperas de la belle époque. A primera vista, podríamos tener la impresión de que se trata de una simple comedia de enredos cortesanos, en torno al marido tema de la búsqueda de un matrimonio «conveniente» para la protagonista, Arabella, hija de condes pero sin grandes recursos económicos. Pero Arabella no es sólo muy atractiva; es mujer inteligente y tiene una voluntad fuerte; no se deja manipular y está decidida a contraer matrimonio sólo con el hombre que ame con amor firme y razonable. En su personalidad se



amalgaman toda la posible ternura femenina y la razonabilidad propia de una persona madura. El hombre aparece: Mandryka, noble rural, no muy habituado a los salones vieneses, rico en posesiones y en las cualidades que Arabella deseaba encontrar en quien eligiera como esposo.

Subtramas de la obra, relacionadas con Zdenka, la hermana menor de Arabella, llevan a Mandryka a pensar que Arabella es mujer frívola, que juega con él, que le ha sido infiel con otro hombre. La propia Zdenka clarifica la situación, pero Mandryka siente que todo lo ha perdido: ha desconfiado de la exquisita Arabella y ella no lo perdonará. ¡Caso error! Arabella comprende que Mandryka la ama, que no carece de las cualidades que ella había percibido en él, que obró mal dejándose arrastrar por la desconfianza, apoyándose solamente en las razones de la razón, sin tener en cuenta las razones del corazón. Ella también lo ama y sabe que la existencia no está escrita en blanco y negro, sino en todos los matices del gris: ella tampoco es un ángel, sino una persona humana, y Mandryka debe estar dispuesto a recibirla tal cual es, como ella lo acoge a él con análoga actitud.

La ópera termina con una escena de reconciliación, tocada por una belleza textual y musical deslumbrante. Arabella sale del cuarto que ocupa en el hotel en Viena y desciende las escaleras al encuentro de Mandryka, sumido en su dolor y arrepentimiento, en el salón de la planta baja. Arabella, como quien cumple un rito, entrega a Mandryka un vaso de agua transparente y fresca (ya en la ópera, anteriormente, se había hecho alusión a este signo) y ambos renuevan su compromiso amoroso, explicitando con bello y sabio realismo que se aceptan con su identidad propia, no con máscaras falaces.

El mensaje o enseñanza de **Arabella** no puede ser más humanista y, consecuentemente, evangélico. La existencia, para que pueda ser genuinamente humana, debe ser un tejido de perdones y reconciliaciones. Sin ellos, la persona se bestializa progresivamente, la convivencia resulta imposible y, al final del proceso, se hace cierto el dictum «homo homini lupus». Setenta veces siete afirmó Jesús que deberíamos estar dispuestos a perdonar y, por ende, a ser perdonados. Tal comprensión de la vida supone la educa-

ción para el diálogo, la humildad, y la tolerancia ante el pluralismo (lo cual no equivale a canonizar todas las monstruosidades que las personas hemos realizado y realizamos). Es decir, supone amor, cercanía al otro y a los otros, tanto en las relaciones interpersonales como en las grupales.

Aunque tengo la impresión de que muy pocos participantes en nuestro reciente Encuentro Conmemorativo del ENEC, en el décimo aniversario de su celebración, conocen **Arabella**, si estoy seguro de que comparten la sabiduría de los protagonistas y la proyectaron sobre nuestras reflexiones y debates acerca de la presencia evangelizadora de la Iglesia Católica en Cuba hoy, tal cual es Cuba y tal cual es la Iglesia, sin olvidarnos -sería carencia de sabiduría- de cómo podrían llegar a ser ambas. Las virtualidades de una realidad son componentes de esa realidad que no debería olvidar quien se esfuerza por crecer y por ayudar a crecer y por crecer juntos, con hinchamientos del ser y del quehacer. Reconciliada y reconciliadora, dialogante y comprensiva, inculturada e iluminada por el Amor y la Esperanza que la capacitan para vivir en una sociedad unida pero no uniforme, participativa pero no anárquica: así quiere ser la Iglesia Católica en Cuba y en esa dirección elaborará sus proyectos de acción evangelizadora.

El mejor signo de estas realidades es el aceleramiento de la causa de beatificación y canonización ulterior del Padre Félix Varela: cubano íntegro y sacerdote católico íntegro, hombre cuya personalidad y cuyo pensamiento son fundacionales de nuestra nación y de la eticidad que aflora en ella siempre que no la aplastan factores extraños a la misma, hombre congregante, como congregante quiere ser nuestra Iglesia, al servicio del mayor bienestar posible de nuestro pueblo, del que formamos parte, del que nunca nos hemos sentido ajenos.

Las claves de **Arabella** resonaron una vez más en mi meollo personal y, como de costumbre, nutrieron mi deslumbramiento hasta encandilarme. No esperaba tanta luz en aquellos días pero, gracias a Dios y a la sabiduría de los participantes, hubo momentos en los que llegué a encandilarme de gozo. Ω

La Habana, 1 de marzo de 1996

La Fraternidad de la Acción Católica invita a los antiguos miembros de Acción Católica Cubana y a todos los que deseen participar, a compartir la Santa Eucaristía, el martes 16 de abril de 1996, fecha en que se recuerda el Aniversario 30 de la muerte del Hermano Victorino, fundador de las Juventudes de Acción Católica. La misa se celebrará, a las 5:00 p.m., en la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, de El Vedado.

